

Imagen y Realidad

¿Quiénes Somos?

POR LORENZO MEYER

TENGO la impresión de que en gran medida somos, individual o colectivamente, lo que los demás nos dicen que somos. En efecto, en gran medida nuestras acciones e imágenes de nosotros mismos obedecen a ese espejo que son los demás —espejo no siempre fiel— y del que es imposible separar la vista.

Los españoles casi monopolizaron el papel de espejo de los mexicanos desde el siglo XVI hasta principios del XIX, pero los "otros" se multiplicaron después de la independencia. Llegaron entonces a nuestras costas en mayor número que antes los viajeros y negociantes británicos, franceses o norteamericanos. También aparecieron los diplomáticos, entre cuyas tareas figuraba la de describirnos sistemáticamente ante sus gobiernos.

★

SI, los espejos se multiplicaron, y la imagen de nosotros que ellos proyectaban era buena o mala dependiendo de la situación del país y del interés particular que había movido al extranjero a aventurarse en un México con pocos caminos, mucha inseguridad y con escasa experiencia en tratar con forasteros.

El número de libros y artículos periodísticos publicados en el extranjero sobre México en la época del Porfiriato fue notable en comparación con el pasado inmediato; la mayoría de ellos resultaron muy positivos. No podía ser de otra manera, el México de entonces fue muy generoso y deferente con los extranjeros, en particular si éstos eran de color blanco y procedían de países con excedentes de capital. La Revolución Mexicana cam-

bió de golpe el panorama: un buen número de aquellos que entonces nos visitaron y escribieron sobre nosotros, lo hicieron en tonos muy negativos; las explicaciones basadas en nuestra inferioridad racial menudearon.

En las postrimerías del régimen revolucionario y

principios de la era pos-revolucionaria, la imagen positiva volvió. Los ojos externos con una mente progresista se fijaron en los logros de la Revolución, y los otros suspiraron aliviados por el retorno de la paz social. Más tarde, allá por los años cincuenta y sesenta, el muralismo, el crecimiento económico, la tranquilidad política y social, los remanentes del folclor rural y la poca contaminación de nuestras urbes, entre otras cosas, llevaron a una especie de consenso externo en torno a México: el nuestro resultó entonces un país agradable que iba por el buen camino.

Como todos sabemos, la cosa cambió al cambiar la suerte de nuestra economía. Con el abrupto paso del "boom" petrolero a la gran crisis, volvió a aparecer en el exterior la imagen del "mexicano feo". Los que nos observaban desde fuera —en particular los norteamericanos, pero también europeos y latinoamericanos— descubrieron lo extendido de nuestra corrupción, lo caótico e irracional de nuestra burocracia, el carácter autoritario de nuestra política y de la cultura civil, la brutalidad de nuestro trato a la naturaleza, lo ineficaz de nuestro modelo económico, etcétera, etcétera.

COMO se recordará, uno de los últimos y menos atractivo retrato de los mexicanos —sobre todo de los de la élite— lo hizo un periodista inglés: Alan Riding. La explicación final de Riding en relación a la aparente imposibilidad de los mexicanos de comportarse según las reglas de la modernidad occidental, se centró en la hipótesis de que, en realidad, los mexicanos no pertenecemos a la cultura occidental sino que somos una variante de la cultura y mentalidad orientales. De ahí que cuando alguien me mostró un libro sobre México escrito por un "oriental" genuino, me interesó sobremanera averiguar cuál era su visión sobre nosotros. Lo malo fue que esta obra de Kikuchi Kiyooki, ex embajador de Japón en México y publicada en 1985, estaba en japonés. Sin embargo, conseguí que una paciente colega me lo empezara a traducir. Ya me enteré del título y de

lo que dice la introducción (26 páginas).

Dos cosas me llamaron la atención de esa introducción de *El México Nuevo*, del embajador Kikuchi. La primera es la manera como desmiente a Riding, pues resulta que al embajador, un "oriental", México le resultó un país extremadamente difícil de comprender. Confiesa que al cabo del primer mes entre nosotros nos consideraba una sociedad simple y chata, pero al final del primer año había sufrido un gran "shock cultural"—él, que se considera hombre de mundo— y estaba seguro de no entender nada por lo que se refería a los mexicanos. Pasó un

año más, y se sintió llevado a escribir un libro para poner en orden sus pensamientos sobre México.

El otro punto es su crítica, diplomática pero terrible, a José López Portillo. Para el embajador resultó incomprensible y éticamente inaceptable, que un jefe de Estado—portaestandarte de la dignidad nacional— anunciara a voz en cuello que defendería la paridad de su moneda en relación al dólar "como un perro" y que acto seguido la devaluara; que anunciara a los cuatro vientos que México no se sometería a los dictados del Fondo Monetario Internacional y que al poco tiempo, enviara a su secretario de Hacienda a negociar la "carta de intención" con el FMI. Tal parece que esta distancia entre lo que se dice y lo que se hace—tan propia de nuestros políticos— es inaceptable, por deshonrosa, en oriente, al menos en Japón.

En fin, ahora resulta que, como dice la canción, no somos "ni de aquí ni de allá"; los occidentales nos dicen orientales y los orientales se niegan a avalar la transferencia. Es un aviso más; es hora de que cambiemos, tenemos una buena cantidad de cosas positivas que deben volver a resaltar a ojos de los extraños, pero sobre todo a los ojos propios. Lo que digan los extranjeros de nosotros importa, no por los extranjeros, sino por nosotros.